



Capítulo 15

MARGARITA GUERRA MARTINIÈRE / RAFAEL SÁNCHEZ-CONCHA BARRIOS
Editores

HOMENAJE A JOSÉ ANTONIO DEL BUSTO DUTHURBURU

TOMO I



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Homenaje a José Antonio del Busto Duthurburu

Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

© Margarita Guerra Martinière, Rafael Sánchez-Concha Barrios, editores

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición, abril de 2012

Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-9972-42-991-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-03236

Registro de Proyecto Editorial: 31501361101865

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

EL *ACLLA HUASI* DE RAJCHE

Santiago Agurto Calvo

En la comunidad de Rajche o Racche, situada a 120 kilómetros del Cusco, sobre el camino a Puno y a cinco kilómetros del pueblo de San Pedro de Cacha, existe un vasto e importante complejo arqueológico que es sumamente notable por las inusitadas características arquitectónicas de sus restos.

El complejo está casi totalmente cercado por una muralla de piedra y su lado desguarnecido está limitado por el cauce del Vilcanota. El área encerrada dentro de ese perímetro es de aproximadamente 100 hectáreas y está atravesada de noroeste a suroeste por el camino inca que, pasando por el cercano pueblo de San Pedro de Cacha, conducía al Collasuyo.

Dentro de esa extensa área existen restos de edificaciones que indudablemente conformaban un conjunto arquitectónico de gran importancia, cuyos elementos fundamentales deben haber sido:

- Una enorme construcción de planta rectangular de 92 metros de largo por 22,50 metros de ancho que, como todos los «galpones» incas, debe haber estado cubierta por un techo a dos aguas que en este caso asume especiales y poco usuales características constructivas.
- Un conjunto de habitaciones estructuradas alrededor de seis patios y ubicadas al lado este del galpón, formando ángulo recto con el mismo y ocupando un área de 50 x 250 metros, aproximadamente.
- Una serie de *collicas* circulares que cubren un área aproximada de 130 por 180 metros, se organizan en doce filas de diez unidades cada una y están situadas a espaldas del conjunto habitacional.
- Un edificio de planta rectangular de aproximadamente 20 metros de ancho por 50 de largo, asociado a otras habitaciones más pequeñas y a varias fuentes de agua y ubicado al norte de las construcciones descritas a una distancia de 225 metros, más o menos.

- Un estanque de aproximadamente una hectárea, situado entre el edificio anteriormente citado y el gran galpón, y construido para almacenar el agua de los manantes que alimentan las fuentes citadas.
- En las cercanías de esos elementos, que constituían una unidad arquitectónica de gran importancia y calidad, existen restos de construcciones menores que deben haber complementado funcionalmente a los edificios descritos.

A este extraordinario complejo arquitectónico, especialmente a su estructura principal, el gran galpón rectangular, se le conoce por la denominación de «templo de Viracocha, en Rajche».

A nuestro juicio dicho nombre obedece a un equívoco, pues, tal como intentaremos demostrar, los restos existentes en Rajche por su ubicación geográfica, localización, orientación, dimensiones y características arquitectónicas no corresponden a las descripciones que los cronistas nos han dejado del templo de Viracocha.

No sabemos con seguridad quién y en qué fecha bautizó a los restos de Rajche con dicho nombre, pero indudablemente quien echó a rodar tal especie lo hizo tratando de interpretar las referencias de los cronistas respecto al templo que el inca Pachacútec hizo construir al dios Viracocha en agradecimiento por la victoria que le ayudó a lograr sobre los chancas. Parece ser que el error en cuestión es relativamente moderno, pues hasta el siglo XIX de los muchos autores que se ocupan, en una u otra forma, del Templo de Viracocha, solo dos de ellos, Antonio de Alcedo y José Pablo de Oricáin, dicen acerca de la existencia de un templo dedicado al dios Viracocha en la localidad de Rajche.

Todo lleva a creer que la referencia de Alcedo fue el punto de partida del error que desde ese momento se convierte en un lugar común para todos los que tratan de las ruinas que se encuentran en Rajche. Tenemos así que, posteriormente a Alcedo, estudiosos y viajeros, con muy pocas excepciones, se refieren a los citados restos como al Templo de Viracocha, en Rajche. Uno de los autores que más ha contribuido a afianzar y popularizar tal error es G. E. Squier, quien en su libro *Un viaje por tierras incaicas*, se ocupa extensamente de los restos de Rajche como si fueran los del templo de Viracocha.

Después de Squier ya nadie duda sobre la propiedad de la expresión. Tenemos así que sabios como Middendorf, en 1893, y recientemente, en 1978, un arquitecto e historiador de la calidad de Graciano Gasparini, hacen uso de esa denominación, a todas luces equivocada.

I. Reflexiones

Las razones y argumentos que nos llevan a sostener que los restos de Rajche no son los del templo de Viracocha, son los siguientes:

1. La ubicación geográfica

Todos los cronistas que se refieren a la lluvia de fuego que cayó del cielo para castigar a los indios que habían ofendido a Viracocha, dan como lugar de los hechos al pueblo de Cacha.

Garcilaso y Vásquez de Espinoza ubican a esa población a 16 leguas del Cusco, o sea aproximadamente a 134 kilómetros, y Sarmiento y Betanzos la sitúan a 18 leguas de la ciudad imperial, o sea a 150 kilómetros. Cieza de León, en *La crónica del Perú*, llega a precisar que el sitio del suceso estaba junto al pueblo de Cacha, que era encomienda de Bartolomé Tenazas; y Betanzos, en *Suma y narración de los Incas* (1987, p. 14), refiere que habiendo visto la quemadura «llamé en este pueblo de Cacha a los indios principales más ancianos, a preguntarles que hubiese sido aquello de aquel cerro quemado».

No hay duda, pues, que todos los cronistas citados se refieren al mismo sitio, o sea al pueblo de Cacha, y que la diferencia entre las 16 leguas de los primeros y las 18 de los segundos, se debe a su distinta e imperfecta manera de apreciar distancias o a la diferente longitud que le asignaron a la legua.

De otro lado, la comunidad de Rajche se encuentra cinco kilómetros al noreste del pueblo de Cacha, tal como lo indica Cieza de León y también Sarmiento de Gamboa; por tanto, dista mucho de estar junto a la citada población.

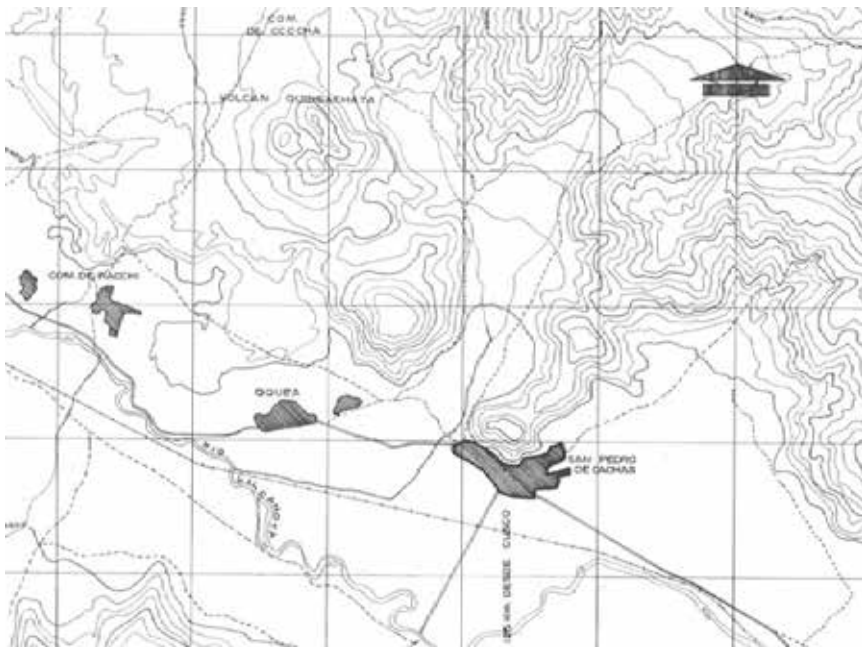
2. La localización del sitio

De los cronistas que se ocupan del templo de Viracocha, los que describen su localización con mayor detalle son Pedro Cieza de León y Juan Diez de Betanzos, llegando a dar, especialmente este último, una clara descripción del ambiente y las circunstancias del lugar.

Cieza de León (1967, p. 10) dice que los atribulados Canas construyeron el templo a Viracocha cerca del pueblo de Cacha «pasado un río que va junto a él, al Poniente, adonde se puso un ídolo de piedra muy grande en un retrete algo angosto».

Diez de Betanzos (1987, pp. 14-15), por su parte, refiere que Viracocha para castigar a los Canas «hizo que cayese fuego del cielo y que viniese quemando una cordillera de un cerro hasta donde los incas estaban» y que después de haber sido perdonados «los indios Canas hicieron en el lugar do el sepuso para quel fuego

Figuras 1 y 2. Carta geográfica de ubicación de los restos arqueológicos (Instituto Geográfico Nacional).



cayese del cielo y de allí partió a matales, una suntuosa huaca [...] En la cual guaca pusieron un bulto de piedra esculpido en una piedra grande [...] en memoria de este Viracocha y de aquello allí sucedido». Además, precisa el cronista; «yo he visto el cerro quemado y las piedras del, y la quemazon es de mas de un cuarto de legua [...] y la guaca de este Viracocha está entre esta quemadura y la guaca».

Las descripciones de los dos cronistas se complementan, precisando las características del sitio donde se construyó el templo de Viracocha. Esas descripciones coinciden plenamente con la geografía y ubicación de un lugar que dista muy poco de dicha población y que actualmente está invadido por la expansión urbana de la comunidad de Qquea. El sitio en referencia se encuentra pasando el río Vilcanota, al poniente de Cacha, junto al arroyo Ccaylla y a no más de cincuenta metros de la formación de lava volcánica. Para mayor abundamiento, en el sitio existen restos arqueológicos, soterrados por las construcciones y sembríos de la comunidad de Qquea, de lo que parece ser un asentamiento inca cuya existencia prácticamente se desconoce.

El sitio que ocupa el galpón de Rajche, además de encontrarse a gran distancia del pueblo de Cacha, se ubica a más de 150 metros del yacimiento volcánico y no existe entre este y el resto arqueológico arroyo alguno.

3. La orientación de los locales

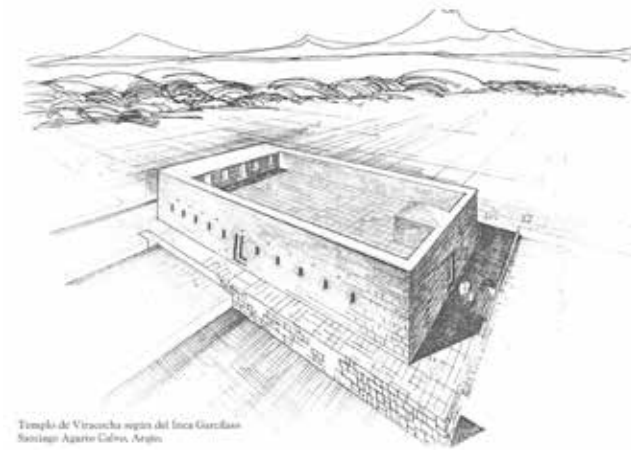
El templo de Viracocha, como casi todos los santuarios incas, tenía su eje longitudinal orientado este-oeste. Garcilaso (1976, I, p. 258) aclara que el templo «tenía cuatro puertas, a las cuatro partes principales del cielo» y que «la puerta que miraba al oriente servía de entrada y salida del templo, estaba en medio del hastial [...]».

La *Kallanka* de Rajche tiene su eje principal orientado norte-sur y las dos únicas puertas de ingreso, que al parecer existían, se ubican en el hastial que mira al sur.

4. La magnitud y disposición de los conjuntos

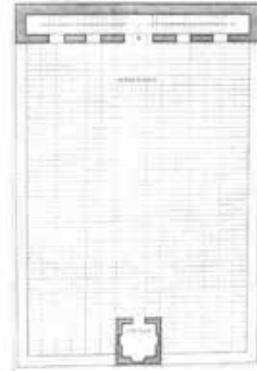
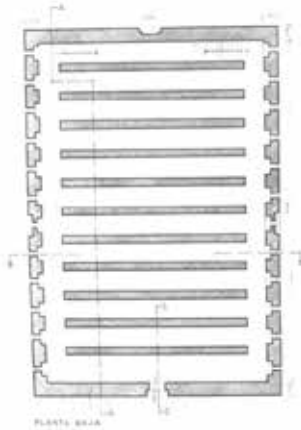
No obstante que, necesariamente, el templo de Viracocha debe haber estado acompañado de varios locales dedicados a su servicio, casi todos los cronistas se refieren únicamente al templo, propiamente dicho. Dicha actitud solo puede significar que los locales complementarios existentes eran tan poca cosa que su presencia pasaba desapercibida.

Garcilaso de la Vega (1976) cuenta que «[...] mandó el Inca Viracocha hacer, en un pueblo llamado Cacha, [...] un templo a honor y reverencia de su tío, el fantasma que se le apareció» y al describir la edificación, con una minuciosidad extraordinaria, solo se refiere al local del templo en sí. Betanzos (1987) dice que como templo a Viracocha se edificó «una suntuosa guaca, que quiere decir adoratorio o ídolo, [...] en la cual guaca pusieron un bulto de piedra».



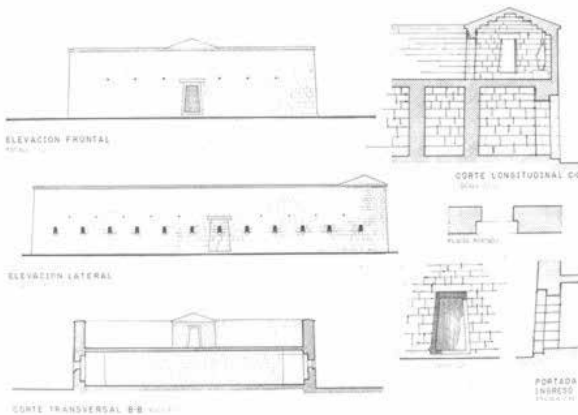
Templo de Viracocha según el Inca Garcilaso
Santiago Agurto Calvo, Arqto.

Figuras 3, 4 y 5. Templo de Viracocha según el Inca Garcilaso (dibujo de Santiago Agurto Calvo).



Templo de Viracocha según el Inca Garcilaso
Santiago Agurto Calvo, Arqto.

Templo de Viracocha según el Inca Garcilaso
Santiago Agurto Calvo, Arqto.



Vásquez de Espinoza (1948, p. 534) igualmente, indica respecto al Inca Viracocha «que su tío la fantasma le mando hazer un templo en el pueblo de Cacha [...] 16 leguas del Cusco camino del Collao en honra de su dios Viracocha».

Solo Cieza de León (1945, p. 252) parece indicar que además del templo habían otros edificios relacionados con la devoción a Viracocha, pues, refiriéndose al asunto, dice: «Y en el pueblo de Chaca (Cacha) habían grandes aposentos hechos por mandato de Tapainga Yupanqui. Pasado un río está un pequeño cercado, dentro del cual se halló alguna cantidad de oro, porque dicen que a conmemoración y remembranza de su dios Ticeviracocha [...], estaba hecho este templo y puesto en él un ídolo de piedra de la estatura de un hombre».

Parece, pues, que el templo o huaca era el único edificio dedicado al culto de Viracocha en los alrededores, o que los locales complementarios, en caso de haber existido, eran de poca importancia y se encontraban tan desvinculados del templo que no formaban un conjunto con él.

En el caso de Rajche, no es posible considerar aisladamente al llamado templo y olvidar al resto de las edificaciones que conforman el conjunto arquitectónico, pues este constituye una unidad en la que todas sus partes juegan un papel importante y están íntima y orgánicamente relacionadas. Lo que es más, varios de los elementos del conjunto son volumétricamente tan importantes como el gran galpón y, por tanto, en ningún caso podían haber dejado de ser citados al describir las instalaciones construidas en homenaje y servicio de Viracocha.

En resumen:

El templo de Viracocha, en Cacha, fue, al parecer, un edificio de forma cúbica de 24 metros de ancho, 36 metros de largo y, aproximadamente, siete metros de altura.

El monumento de Rajche, constituye un conjunto de edificaciones, muy vasto, cuyos cuerpos principales son:

- Un gran galpón o *kallanka* de 25,25 metros de ancho, 92 metros de largo y una altura de, por lo menos, 18 metros.
- Una serie de edificaciones, agrupadas en torno a seis patios, que ocupaban un área de 60 metros por 250 metros y
- Un grupo de 120 depósitos que se asentaban en un área de, aproximadamente, 23 400 metros cuadrados.

5. Las características arquitectónicas

Garcilaso de la Vega es el único de los cronistas que describe, clara y minuciosamente, las características del templo erigido en Cacha al dios Viracocha.

Cieza (1967, p. 10; 1945, p. 252) se limita a indicar que «se hizo un templo donde se puso al ídolo» en «un retrete algo angosto» o dentro de «un pequeño cercado».

Betanzos (1987, p. 15) se refiere a una «suntuosa guaca»; Vásquez de Espinoza (1948, p. 534) habla de la construcción de un templo y Bernabé Cobo (1956, p. 77) relata que se edificó «un suntuoso templo».

Todos los demás cronistas, hasta el siglo XVIII, se limitan a referirse a la lluvia de fuego ocurrida, por voluntad de Viracocha, junto al pueblo de Cacha.

En 1789, Antonio de Alcedo (1988, p. 191) registra en su *Diccionario geográfico histórico* la existencia, en Rajche, de «las ruinas de un edificio antiguo y grande» que «dicen fue el famoso templo de Viracocha». Por algunas citas referentes a la arquitectura del edificio y a la geografía del lugar, es indudable que Alcedo se refiere al monumento que actualmente admiramos en esa localidad. En ese registro es de gran importancia, como comprobaremos posteriormente, la referencia a la existencia de «una población grande y un mineral de tierra de que fabrican cántaros y vasijas».

Un año más tarde, en 1790, un fraile viajero, José Pablo de Oricaín, reitera la equivocación y manifiesta que existe en Rajche un gran templo dedicado al dios Viracocha.

Ya sabemos que a partir de Alcedo y Oricaín el error se echa a rodar y llega hasta nuestros días convertido en poco menos que incommovible verdad. En ese largo recorrido son muy pocos los estudiosos que le dan al templo de Viracocha su correcta ubicación, es decir el pueblo de Cacha e, infortunadamente, las citas de esos autores son muy escuetas.

En cambio, quienes bautizan equivocadamente a las ruinas de Rajche son muy numerosos y se refieren con lujo de detalles a las características de las mismas. Entre dichas descripciones son de especial interés por su amplitud y minuciosidad las de Squier y Middendorf, en el siglo pasado, y, recientemente, la formulada por Gasparini.

Por tanto, para formarnos una idea del auténtico templo de Viracocha, tenemos que remitirnos forzosamente al texto de Garcilaso al que pueden acompañar, con toda propiedad, las breves referencias de Cieza y de Betanzos. Por ello vamos a omitir referencias a las características formales del monumento y nos limitaremos a formular apreciaciones generales respecto a él.

Ante todo, el monumento que describe el cronista es evidentemente un templo. El edificio fue creado, con gran talento arquitectónico y profundo conocimiento de la psicología de los fieles y de la forma de lograr su exaltación espiritual al entrar en contacto con la divinidad.

De ahí, el ingreso de la feligresía a un local en penumbra y el tránsito a través de una tortuosa vía procesional para llegar a un nivel superior, pleno de luz y de

sol, en donde se contemplaba al Supremo Hacedor, presente e inalcanzable a la vez, dentro de un pequeño y suntuoso cubículo al que solo unos pocos podían ingresar.

Parece ser que los arquitectos del templo de Viracocha trataron de interpretar las circunstancias en las que el dios se presentó a Pachacútec, y, también, las estructuras que organizaban al mundo espiritual de los incas.

Es posible, por ello, que la subyugante organización especial del templo haya querido representar la existencia de los tres mundos, por los que discurrió la vida material y espiritual de los incas. Así, el *Ucupacha*, sitio subterráneo de castigo y expiación; el *Caypacha*, lugar de tránsito terrenal y el *Hananpacha*, espacio elevado de recompensa y satisfacciones para los escogidos, pueden haber sido motivos de inspiración de la original concepción del santuario.

Es dable que otra haya sido la razón de tan sofisticado diseño, pero lo que no se puede poner en duda es la intención psicológica del mismo y el acierto de su expresión arquitectónica como local dedicado a la religión y al culto de una divinidad.

El templo, así concebido, se plasmaba en una construcción pétreo, rectangular, no muy grande, conformada por un alto primer piso que conducía a una terraza descubierta donde se erguía, solitaria, la capilla que alojaba la escultura del barbado Viracocha.

El diseño del templo de Viracocha tiene una concepción que induce a la creación de un estado de ánimo pleno de devoción y religiosidad y proporciona un amplio espacio para reunir a los fieles y permitirles la contemplación de la divinidad.

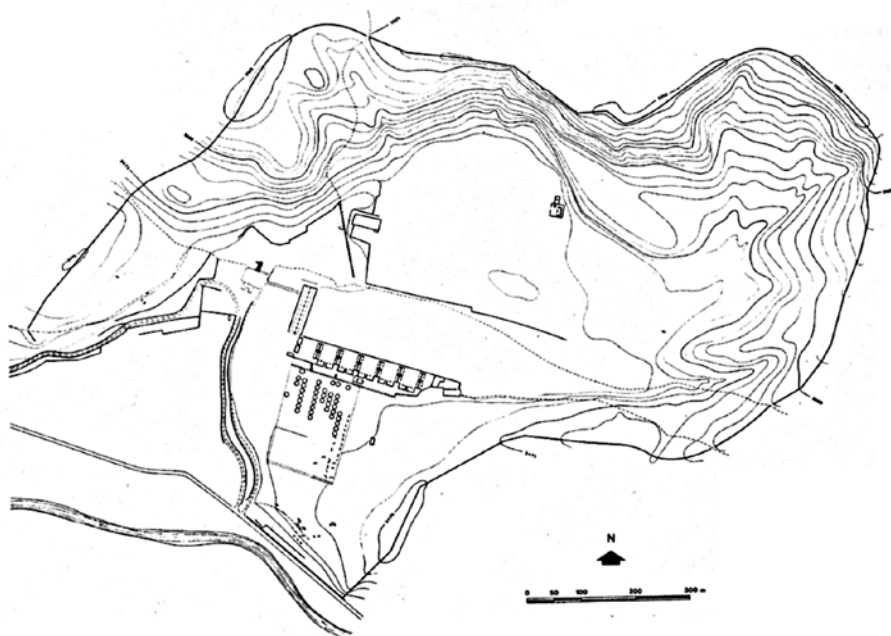


Figura 6. Templo de Viracocha según Graziano Gasparini y Luise Margolies (*Arquitectura Inka*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, 1977).

El llamado templo de Rajche tiene una organización espacial que no permite la reunión de la feligresía y tampoco proporciona un sitio donde ubicar al dios para su pública adoración. En efecto, el espacio de la *Kallanka* de Rajche está dividido en dos por un muro central y, además, cada una de dichas divisiones tiene una hilera central de poderosas columnas que, a su vez, las fraccionan longitudinalmente. El resultado es la existencia de cuatro largas y angostas naves espacialmente inapropiadas para reunir a una multitud que rinda colectivamente culto a una imagen.

El propio Middendorf (1974, p. 343), a pesar de su equivocada posición, no puede dejar de notar lo inapropiado de la organización del llamado templo y escribe:

Con semejante disposición de los espacios, el lugar, donde podría haberse encontrado la cámara con la imagen del dios, que Cieza describe, después de haberlo visto, no puede deducirse ni de sus palabras, ni de los restos del edificio aún existentes, por lo que cabe suponer que partes del templo han desaparecido sin dejar vestigios.

6. *La expresión arquitectónica exterior de las edificaciones*

El templo de Viracocha debe haber impactado como un macizo paralelepípedo de piedra, casi hermético, cuya horizontalidad se recortaba nítidamente contra la negra peñolería que lo enmarcaba, recordando el hecho milagroso que había causado su construcción.

En el monumento de Rajche, el impacto visual debe haber sido totalmente otro. El gigantesco volumen, en forma de prisma triangular echado, con sus dos ocres e inmensas vertientes de *icchu*, prolijamente aliñado, debe haber encandilado los ojos del observador y junto con la numerosa volumetría arquitectónica que lo rodeaba debe haber conformado un conjunto con la accidentada topografía andina. Sin relacionarse, en nada, con las circundancias y circunstancias que motivaron su construcción.

7. *Los materiales de construcción*

El templo de Viracocha fue de piedra en su totalidad y así lucía. Como indica Garcilaso (1976, pp. 258-259) hasta las vigas y los pisos eran de piedra e, igualmente, el techo del retrete donde se cobijaba la imagen del creador.

[Sus constructores] hicieron paredes de la misma cantería, que sirviesen de vigas, porque durasen más que si fueran de madera» y «cerraronlos por lo alto, en lugar de tablas, con losas de a diez pies de largo y media vara de alto, labradas en todas seis haces» y añade el cronista: «había una capilla, [...] cubierta de las mismas losas negras, encajadas unas en otras, levantadas en forma de chapitel de cuatro aguas».

En cambio, en el caso del llamado templo de Rajche los muros son de piedra hasta los tres metros de alto, se elevaban hasta la altura necesaria mediante el encimado de grandes y recios adobes y la estructura que portaba la techumbre estaba constituida por un fuerte maderamen, en el que se entrecruzaban vigas, soleras, cabios, riostras, correas y alfajíes y la cobertura, como ya se ha indicado, estaba conformada por capas sucesivas de haces de *icchu* que, cuidadosamente recortados, se estratificaban hasta formar una protección impenetrable de más de una vara de espesor.

8. El estado de los restos

Actualmente, del templo de Viracocha casi no queda nada. Garcilaso (1976, p. 260), hace más de trescientos años, sostenía que: «Con ser el templo de tan estraña labor, como se ha dicho, lo han destruido, los españoles, como han hecho con otras muchas obras famosas que hallaron en el Perú [...] de tal manera que el día de hoy apenas quedan los cimientos desta obra [...]».

Es evidente que un templo tan importante como el dedicado al culto de Viracocha no podía escapar a las furias destructoras de los extirpadores de idolatrías, especialmente si, como lo recuerda Paul Marcoy (2001, p. 219), se creía que existían tesoros escondidos dentro de la edificación. Naturalmente, en el lapso transcurrido hasta la fecha lo poco que quedó debe haber desaparecido por acción de agentes naturales, depredadores y campesinos deseosos de ampliar sus viviendas o extender sus cultivos.

El conjunto de Rajche, en contraste, por su naturaleza no religiosa, ha escapado a esas vicisitudes y todavía se yergue, en toda su impresionante grandeza, en un estado de conservación que hace posible su cabal restauración.

Ante tal cúmulo de notorias diferencias entre el templo situado en Cacha descrito por Garcilaso y los restos de Rajche, tenemos que concluir necesariamente, que se trata de edificios distintos y dedicados a distintas funciones, por tanto, el monumento de Rajche no es el templo dedicado a Viracocha.

Aquí, ante la situación existente, cabe preguntarse: ¿Cómo es posible que tantos y tan notables estudiosos pudieran tomar los restos de Rajche por los del templo de Viracocha?

La respuesta es difícil de asumir pues en nada coincide la descripción de Garcilaso con la apariencia de dichas estructuras. El templo de Viracocha y el conjunto de Rajche solo tienen en común la cultura a la que pertenecen. Ambos son obra de los incas, pero en todos los demás aspectos relativos a la arquitectura son totalmente disímiles. Por tanto, reiteramos: ¿qué extraña reacción psicológica ha llevado a tantas ilustres personalidades, puestas ante las diferencias citadas, a censurar la descripción de Garcilaso en vez de comprender que se refería a un hecho arquitectónico distinto?

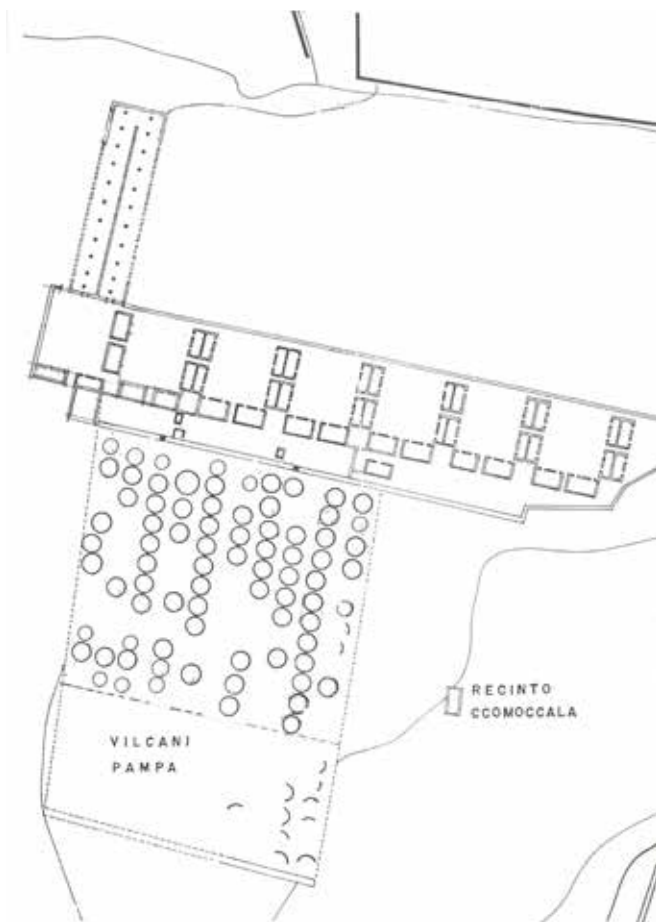


Figura 7. Plano del Aclla Huasi de Rajche (Santiago Agurto Calvo).

Paul Marcoy (p. 218) critica que: «Garcilaso adjudica al templo cuarenta metros de largo y veinte metros de ancho, [...]» y que «pretende, además que el templo no estaba cubierto por techo alguno [...]».

Georges Squier (1974, pp. 220 y 222), ante las ruinas de Rajche, se extraña de que: «El plano no concuerda totalmente con el descrito por el cronista quien escribió probablemente de segunda mano, basándose en las imperfectas descripciones de observadores incompetentes; pero podemos ver fácilmente que está describiendo esta misma estructura».

Ernst Middendorf (1974, p. 347) concluye que: «De la descripción que (Garcilaso) ofrece del templo, se deduce que no lo ha visto personalmente. Dejó su patria a los 20 años, y se dirigió del Cusco a Lima, para embarcarse a España. Cacha no estaba en su camino [...]».

Graziano Gasparini (1977, pp. 249, 252 y 253), al tratar sobre el monumento de Rajche, acota que: «[...] es preciso conocer una de las descripciones más detallada y desconcertante; la de Garcilaso [...]. Casi nada de la descripción de Garcilaso coincide con los restos que han quedado del templo. No es de descartar la hipótesis de que Garcilaso nunca conociera el sitio y que utilizara versiones de segunda mano». Gasparini finaliza su oposición a la descripción del cronista, diciendo: «Tampoco es cierto, al decir de Garcilaso, que “apenas quedan los cimientos” y que los españoles lo derribaron todo. En tiempos de Garcilaso, debía de quedar mucho más, si se toma en cuenta que hoy, después de cuatro siglos, perduran unos restos que permitan intentar una reconstrucción hipotética».

Por lo visto, los errores, cuando son sostenidos por personas de importancia, con el correr de los años alcanzan visos de verosimilitud y, a veces, categoría de verdad incontrastable, impidiendo, así, que ni siquiera se dude de ellos.

Ojalá lo aquí dicho sirva para levantar los injustos cargos de falta de exactitud y rigurosidad que se le han hecho a Garcilaso con motivo de su extraordinaria descripción del templo de Viracocha en Cacha.

II. Conclusiones

Hemos afirmado que el monumento cuyos restos se encuentran en Rajche no es el templo de Viracocha que describe Garcilaso. Esa aseveración conduce a las preguntas siguientes: ¿Dónde estuvo el auténtico templo de Viracocha? y ¿cuál fue la función que tuvo el conjunto arquitectónico de Rajche?

Las posibles respuestas son las siguientes:

1. *Ubicación del templo de Viracocha de Cacha*

Ya hemos sostenido, al analizar la localización de los monumentos en discusión, que el templo de Viracocha debe haber estado ubicado en las cercanías del actual pueblo de San Pedro de Cacha, en terrenos ocupados por los campos de cultivo de la comunidad de Qquea. Añadiremos, ahora, algunas razones más a las ya expuestas, para reforzar nuestra aseveración respecto a la ubicación del auténtico templo de Viracocha.

El pueblo de Cacha se ubica al pie de un cerro de forma cónica, a la manera de un pan de azúcar. Dichos accidentes geográficos reciben la denominación genérica de *Muyuorqo* o cerros redondos y, usualmente, se les atribuye la calidad de huacas y son objetos de veneración, construyéndose en sus cercanías lugares de culto.

Tal parece ser el caso del cerrillo de Cacha, pues el nombre específico que se le da es el de *Choquivilca*, o sea lugar sagrado que brilla como el oro. Dicho cerro, como todos los del lugar, está cubierto, en parte, por la lava fruto de la erupción del cercano volcán de Arache.

En efecto, Pedro Sarmiento de Gamboa (1906, pp. 27-28) relata que cuando Viracocha llegó al pueblo de Cacha, los habitantes:

[...] murmuraron del y propusieron de lo matar desde un cerro que allí estaba. Y tomadas las armas para ello, fue entendida su mala intención por el Viracocha. El cual hincado de rodillas en tierra en un llano, levantadas las manos puestas y rostro al cielo, bajó fuego de lo alto sobre los que estaban en el monte y abrasó todo aquel lugar; y ardía la tierra y piedras como paja. Y como aquellos malos hombres temiesen aquel espantable fuego, bajaron del monte y echáronse a los pies de Viracocha, pidiéndole perdón de su pecado.

Es lógico que el cerro en cuestión haya sido el Choquivilca puesto que se encuentra junto al pueblo de Cacha, lugar de habitación de los enfurecidos Canas. Asimismo, el llano desde donde los fulminó Viracocha tiene que ser el que se encuentra al pie del cerro, al oeste del mismo, puesto que el fuego que bajó de lo alto, para quemar la ladera occidental del montículo, tenía que proceder de esa dirección, que es donde se encuentra el volcán Arache.

Juan Diez de Betanzos (1987, p. 14), refuerza esta tesis, al indicar que los indios Canas, después que Viracocha apagó el fuego:

[...] hicieron en el lugar do él se puso, para quel fuego cayese del cielo y de allí partio a matalles, una suntuosa guaca, que quiere decir guaca adoratorio o ídolo, en la cual guaca ofrecieron mucha cantidad de oro y plata éstos y sus descendientes [...]. Y la guaca de este Viracocha está en derecho desta quemadura un tiro de piedra della, en un llano y de la otra parte de un arroyo que está entre esta quemadura y la guaca [...].

La referencia de Betanzos reitera la ubicación del templo en el llano situado al pie del Choquivilca y aporta la importante afirmación de la existencia de oro y plata en la huaca, lo que explicaría el nombre que se le dio al cerro.

Igualmente, el cronista indica que para llegar al templo, partiendo del pueblo, había que pasar un arroyo y, efectivamente, al oeste de la población discurre el arroyo Ccaylla, pequeño afluente del cercano Vilcanota.

Pedro Cieza de León (1945, p. 252) abunda en dichas razones al indicar que: «Pasado un río está un pequeño cercado, dentro del cual se halló alguna cantidad de oro, porque dicen que a conmemoración y remembranza de su dios Ticeviracocha, a quien llaman hacedor, estaba hecho este templo, y puesto en él un ídolo de piedra de la estatura de un hombre, con su vestimenta y una corona o tiara en la cabeza [...]».

La hipótesis de trabajo, que se deduce de las referencias de los citados cronistas, se ve afianzada por la existencia de un yacimiento arqueológico en las inmediaciones del cerro Choquivilca. Dicho yacimiento, que ocupa una extensa área, está íntegramente disturbado por acción de los comuneros de Qquea, quienes para ganar terrenos de cultivo han removido la mayor parte de los restos, acumulando

sus escombros en largos montones que desfiguran la topografía de la zona. Aun así, todavía es posible distinguir, a simple vista, la presencia de andenes y vestigios de construcciones.

Hasta 1980 el yacimiento era prácticamente desconocido y no había sido científicamente estudiado. A mediados de ese año, cuando me ocupaba de la elaboración del «Registro de los Restos Incas en la Ciudad del Cusco», por encargo de la UNESCO dentro del Proyecto PER 71/539, solicité al arqueólogo Raymundo Béjar que me acompañara a visitar el yacimiento ubicado en terrenos de la comunidad de Qquea. Con el doctor Béjar, arqueólogo residente en Rajche durante los trabajos de la misión española dirigida por Manuel Ballesteros Gaibrois, realizamos el reconocimiento del lugar, llegando al convencimiento que se trataba de los restos, muy perturbados, de una extensa población.

Entre los numerosos vestigios de andenes, calles, muros y habitaciones, había uno que nos llamó poderosamente la atención. Se trataba de los restos de una plataforma rectangular, de una veintena de metros de ancho y una longitud difícil de precisar por la destrucción reinante. La plataforma se elevaba cerca de un metro sobre el suelo y su eje longitudinal se alineaba con el del cercano cerro Choquivilca. Es decir, el resto tenía la orientación Este-Oeste correspondiente a la de los templos inca y estaba relacionado con el cerro donde moraba el *apu* protector del lugar.

Es probable, pues, que esos sean los restos del templo erigido a Viracocha, todas las referencias históricas así lo indican y los indicios arqueológicos existentes parecen sugerirlo.

2. Función del conjunto arquitectónico de Rajche

Pretendemos haber demostrado que el monumento de Rajche no fue el templo de Viracocha; ahora queremos reafirmar que dicho conjunto no constituyó un santuario y que, por tanto, el edificio principal, la gran *kallanka*, no fue un templo.

Al tratar el subtítulo «La concepción espacial de los «templos» hemos señalado que el espacio interior de la *kallanka* es completamente inapropiado para desempeñarse como templo.

La palabra templo, *templum*, desde sus remotos orígenes ha estado asociada a la idea de espacio, sitio de observación, morada de una divinidad, lugar de congregación de devotos.

El templo es, en lo sustancial, un espacio donde se reúne un grupo de personas, pertenecientes a la misma religión, para rendir culto a una divinidad. Ello supone un lugar de cierta amplitud en el que los fieles puedan contemplar la imagen o símbolo de la divinidad y el rito que oficia el sacerdote. Ninguna de las dos condiciones se puede cumplir en la *kallanka* de Rajche; ni los fieles pueden reunirse, dada la división del espacio interior, ni hay sitio apropiado para ubicar

la imagen de Viracocha y, así, recibir la veneración colectiva. El edificio, pues, no está concebido para cumplir la función de rendir culto a una divinidad. En pocas y claras palabras: no es un templo.

En tal caso, ¿cuál fue la finalidad funcional del impresionante conjunto de Rajche?

Creemos que se trata de un *aclla huasi*, o sea de un lugar de reclusión de mujeres escogidas dedicadas, primordialmente, a la fabricación de vasijas y objetos de barro. Hay varias referencias bibliográficas que apuntan en esa dirección y, asimismo, los restos existentes, con su posición e interrelaciones, inducen a realizar esa afirmación, pues su distribución sigue, casi al pie de la letra, la descripción que Garcilaso hace del *aclla huasi* del Cusco.

Al respecto, es interesante resaltar las afirmaciones de varios de los sostenedores de que el templo de Viracocha se encuentra en Rajche. Por ejemplo:

Antonio de Alcedo (1998, I, p. 191) registra que cerca del supuesto templo «a una distancia de una cuadra hay una laguna hecha a mano, con conductos de agua que la mantienen siempre en su ser... y no lejos de allí, hay vestigios de una población grande y un mineral de tierra de que fabrican cántaros y vasijas que llevan a vender a las provincias inmediatas».

Georges Squier (1974, p. 222), en el siglo XIX, insiste en la existencia en el lugar de ceramistas y de la materia prima necesaria para su labor, recordando que en Rajche se ubicaba «una aldea de alfareros, famosos en toda la sierra por sus artículos», quienes entre la lava que cubría la llanura «encuentran una arcilla o caolín muy fino y sumamente tenaz».

Finalmente, Hiram Bingham (1922, p. 131), a principios del siglo XX, observa muy agudamente: «Se ha dicho que este templo fue dedicado al culto de Viracocha [...] Parece más razonable suponer que los habitantes primitivos construyeron el templo a la divinidad que presidía el lugar, el dios que les proporcionaba la preciosa arcilla».

Como vemos los tres estudiosos concuerdan en señalar:

- La existencia en el lugar de arcilla apropiada para la alfarería, y
- La presencia de una población de alfareros de larga permanencia en el sitio, dado que sus productos se vendían en toda la región.

Además, Alcedo afirma la existencia de una laguna artificial o sea de una provisión permanente de agua, elemento indispensable para la elaboración de cántaros y vasijas de arcilla.

La hipótesis de que el conjunto de Rajche estaba dedicado a la producción de cerámica, tiene, por lo expuesto, fuertes bases donde afirmarse. Ellas refuerzan, con el respaldo de la tradición y de la historia, la posición a la que se llega mediante un meditado estudio de la arquitectura del famoso conjunto.

El cuidadoso análisis del mismo nos permite constatar que:

- El lugar donde se ubica estaba rodeado de una alta muralla con accesos controlados y que, para mayor seguridad del conjunto, existía una guarnición militar en sus cercanías.
- Dentro del mencionado recinto, de alrededor de 100 hectáreas de extensión, los edificios más importantes se agrupan formando el conjunto central que estaba protegido por un cerco interior. Como sabemos, dicho conjunto está constituido, fundamentalmente, por:
 - El sector recepcional
 - La gran *kallanka*
 - El sector habitacional y de servicios y
 - El sector de almacenaje.

Existían, además, varias construcciones y obras que complementaban a los edificios citados y contribuían a conformar la estructura del conjunto. Entre ellos los más notables eran:

- El sector de Mesapata, donde se ubican los restos del verdadero templo de este conjunto, orientado este-oeste y asociado con una serie de fuentes y manantes
- La extensa laguna artificial, a la que se refiere Antonio de Alcedo y
- Varios edificios de menor importancia, cuyos escasos restos no permiten identificar la función que cumplían.

Para interpretar cabalmente el propósito y destino del conjunto de Rajche y las funciones a las que se dedicaban los sectores y edificios que lo conformaban, creemos conveniente revisar antes los apuntes de Garcilaso y de Guamán Poma, quienes, entre los muchos autores que se han ocupado de las *aclla huasi*, son los que proporcionan la mejor y mayor información sobre dichos locales.

Así tenemos que Garcilaso afirma, respecto a las *acllas*, que estaban clasificadas en tres clases, según se dedicaran al servicio de la religión, del inca o del Estado y que dentro de ellas podían agruparse en diferentes tipos, según el oficio o función que desempeñaran bajo la dirección de las Mamacunas. Estas madres virtuales de las *acllas* se ocupaban de «enseñarlas, así en el culto divino de su idolatría como en las cosas que hacían de mano» y algunas de ellas «hacían el oficio de abadesas».

Guaman Poma sostiene que las tres clases citadas se dividían en doce grupos, correspondiéndole cinco de ellos a la clase que servía a los dioses, dos a la dedicada a atender al Solo Señor y cinco a la que se ocupaba de los asuntos estatales.

Asimismo, el cronista afirma que el trabajo o labores de las *acllas* podía clasificarse en diez tipos distintos, según estuvieran dedicadas a:

- Coser, tejer e hilar
- Cantar, o tocar instrumentos
- Preparar comidas y bebidas
- Fabricar artesanías
- Cultivar la tierra
- Servir doméstica y administrativamente.

En cuanto a las casas de las escogidas o sea a las *aclla huasi*, propiamente, Garcilaso describe la ubicada en el Cusco de la siguiente manera (1976, pp. 175 y 181-300):

[Tenían en] su edificio una calleja angosta, capaz de dos personas, la cual atravesaba toda la casa. Tenía la calleja muchos apartados a una mano y otra, donde había oficinas de la casa donde trabajaban las mujeres de servicio. A cada puerta de aquéllas había portereras de mucho recaudo [...]. Tenía la casa su puerta principal [...] la cual no se abría sino para la Reina y para recibir a las que entraban para ser monjas. Al principio de la calleja, que era la puerta del servicio de la casa, había veinte porteros [...] para llevar y traer hasta la segunda puerta lo que en la casa hubiese de entrar y salir. Los porteros no podían pasar de la segunda puerta, so pena de la vida [...]. Tenían para servicio de las monjas y de la casa quinientas mozas, las cuales también habían de ser doncellas.

Para un mejor ordenamiento de esta exposición creemos conveniente iniciarla ocupándonos del sector recepcional, continuar con el estudio del sector habitacional y de servicios, luego, con el correspondiente al sector de almacenaje y, finalmente, con el relativo al obraje, es decir, con la gran *kallanka*.

3. El sector recepcional

Debido a la casi total destrucción de esta parte del conjunto es difícil llevar a cabo una bien fundada reconstrucción de este sector. Dadas las normas incaicas al respecto, es de imaginar que estaba constituido por un gran patio y varias edificaciones para alojar a los encargados del control y seguridad del funcionamiento de los locales que conformaban el conjunto central. Según la cita de Garcilaso, este sería el lugar donde se iniciaba la «calleja», a lo largo de la que se ubicaban los «apartados» donde habitaban las *acllas* y las *mamacunas*. Asimismo, por este sector se recibía a las novicias y se abastecía a toda el *aclla huasi* estando su cuidado a cargo de veinte porteros.

4. *El sector habitacional y de servicios*

Si, a la luz de lo expuesto, analizamos el sector habitacional, destinado a albergar a las *acllas*, podemos constatar lo siguiente:

El sector estaba protegido por extraordinarias medidas de seguridad, pues estaba rodeado por un fuerte muro con ingresos controlados y, además, en su interior existían subdivisiones, pasajes y sitios de vigilancia que aumentaban la protección de la parte habitacional.

El sector estaba formado por tres sub sectores, claramente identificables:

- El destinado a la habitación de las *acllas* y sus *mamacunas*.
- El dedicado a alojar a la servidumbre y a las facilidades de servicio necesarias, área paralela a la primera y comunicada con ella a través de estrechos pasadizos, y
- El usado como corrales, ubicado en el extremo oriental del sector y fuera del sistema de seguridad del mismo.

La parte más importante del sector, dedicada al alojamiento de las *acllas*, estaba compuesta por construcciones que se organizaban alrededor de seis patios cuadrangulares.

- Cada patio estaba conformado por seis habitaciones ubicadas en tres de sus lados. Cuatro de ellas eran parte de pabellones constituidos, cada uno, por dos habitaciones pareadas a ambos lados de un muro central; las otras dos habitaciones se situaban perpendicularmente a las primeras, cada una constituía un bloque aislado. La conjunción de dichas habitaciones conformaba unos patiecillos que se abren hacia el área de servicio.
- Las citadas habitaciones parecen haber constituido unidades formadas por dos de las habitaciones pareadas y una de las habitaciones aisladas.
- A los patios se accedía por un corredor paralelo al muro de cerco y estaban interrelacionados por pasadizos existentes entre los pabellones conformados por las habitaciones pareadas y por los mencionados patiecillos.
- Todos los patios son prácticamente iguales con excepción del primero, en el que varía la disposición y número de las habitaciones que lo conforman, y del sexto, que tiene una ampliación hacia el lado este, constituida por dos habitaciones pareadas y un patio de menor extensión que la de los citados.
- Los patios se comunicaban con las áreas destinadas a la servidumbre a través de los patiecillos y los pasadizos existentes entre las habitaciones situadas en su lado sur.

En uno de los planos relativos a este conjunto, elaborado por el Proyecto PER-39, se puede apreciar que uno de los patios, el ubicado en cuarto lugar, estaba dividido

por un muro en dos mitades iguales, lo que refuerza la hipótesis de que las habitaciones pareadas, que se encuentran a cada lado de los patios, están asociadas con las habitaciones aisladas que les son perpendiculares o sea que existirían dos grupos de tres habitaciones en cada patio y, consecuentemente, doce grupos en la totalidad de los mismos.

Es evidente la notoria correspondencia de la arquitectura del sector habitacional con los relatos de Garcilaso y Guamán Poma respecto a las *aclla huasi*. Ello nos reafirma que dicho sector constituía el área de alojamiento de un grupo de «escogidas» y, consecuentemente, que el monumento de Rajche fue un importante *aclla huasi*.

Así, los juegos de habitaciones, a los que hemos hecho referencia, cumplirían la función de alojar a los doce tipos de *acllas* que existían, según Guaman Poma (1988, pp. 213, 214 y 217). Las habitaciones pareadas deben haber estado destinadas a servir de habitación a las *acllas* y *mamacunas* y los locales aislados a las labores administrativas encargadas a las escogidas.

En cada uno de los doce grupos referidos deben haberse alojado diez *acllas*, cinco por cada habitación pareada conformante de dichos grupos, o sea diez *acllas* por grupo.

De acuerdo a lo expuesto:

- La clase religiosa se alojaría en los cinco grupos de habitaciones situadas desde la segunda mitad del patio 4 hasta el patio 6 y contaría con cincuenta *acllas*.
- La clase al servicio del Inca se alojaría en los dos grupos situados en el patio 1 y contaría con veinte *acllas* y
- La clase estatal se alojaría en los grupos situados desde el patio 2 hasta la primera mitad del patio 4 y contaría con cincuenta *acllas*.

Por tanto, el sector habitacional y de servicio daría alojamiento a un total de 120 *acllas* y a las mozas dedicadas a su atención, ubicadas en el subsector correspondiente.

5. El sector de almacenaje

El análisis de este sector nos permite determinar que:

- Su área, de forma rectangular, tiene, aproximadamente, 130 metros de ancho por 180 metros de largo y se ubica al sur del sector habitacional, con el que se comunica a través de la zona de servicio. Este sector debe haber estado cercado dada la naturaleza de su función y tenido, por lo menos, 120 depósitos, ordenados en doce filas con diez unidades cada una, situadas en forma paralela al sector habitacional y servidas por estrechos pasadizos.

- Los depósitos tienen planta circular y forma cilíndrica, están contruidos con conglomerados de lava y deben haber tenido techo cónico de madera y paja. Se accede a su interior, que no tiene piso ni revestimiento alguno, mediante un pequeño vano de forma rectangular, cuya parte inferior está cerrada por un alto umbral. No hay vestigios de que hayan existido puertas o elementos de cierre en dichos depósitos.

Por sus características arquitectónicas parece que los citados depósitos o collcas estuvieron dedicados a guardar elementos que podían amontonarse y no necesitaban mayor cuidado, tales como los objetos de cerámica.

Es posible que el número de 120 depósitos del conjunto haya sido determinado por la necesidad de dar trabajo a cada uno de los doce tipos de *acllas* y de fabricar diez ceramios de distinta naturaleza o capacidad. En dicho caso, las *acllas* se ubicarían en las doce filas de acuerdo a su clase e importancia y a lo largo de ellas ocuparían los diez puestos existentes en cada fila según su capacidad para fabricar los platos, tazas o vasijas que fueran necesarios. Siguiendo lo prescrito por Garcilaso y Guaman Poma las 120 *acllas* que tendrían a su cargo los 120 depósitos del caso se ocuparían de los mismos de la siguiente manera:

- Cincuenta de ellas, pertenecientes a la clase destinada al servicio de la religión, ocuparían las cinco primeras filas.
- Veinte dedicadas al servicio del inca, ocuparían las dos filas siguientes o sea la sexta y séptima, y las cincuenta restantes, dedicadas al servicio del Estado, tendrían a su cargo las cinco últimas filas, o sea desde la octava hasta la duodécima.

6. *La kallanka*

Se accedía a la *kallanka* por dos enormes puertas ubicadas en el hastial meridional, las que intercomunicaban al local con el patio de recepción y control del conjunto. Dicho patio parece haber sido el único medio de acceso a los distintos sectores del conjunto, es decir, controlaba el ingreso tanto a la *kallanka* como a los sectores habitacional y de almacenaje y, también, la intercomunicación entre todos ellos.

El gran edificio estaba dividido en dos por un muro central y dos hileras de columnas en dos naves y cuatro subnaves. Estas, se intercomunicaban transversalmente a través de diez grandes vanos abiertos en el muro central y ubicados a eje de cada uno de los intercolumnios existentes.

El local debe haber tenido, con toda seguridad, un segundo piso, soberado o marca, destinado, como todos los de su género, a guardar los enseres y objetos necesarios para cumplir las tareas propias de su función. A dicho piso, como es usual, se accedía desde el exterior por dos vanos cuyos restos todavía se encuentran en el

hastial situado en el extremo sur de la *kallanka*. Es probable, que en el desaparecido hastial del extremo norte también hayan existido las ventanas-puertas citadas.

Al analizar detenidamente la planta de la *kallanka* encontramos lo siguiente:

- Para interrelacionar, grandemente, las dos mitades en que resulta dividido el espacio interior se ha perforado al máximo el muro central, mediante diez vanos de circulación e, inclusive, se han abierto grandes sobre luces sobre cada uno de ellos para lograr una mayor integración espacial y una menor carga sobre sus dinteles. En buena cuenta, los arquitectos incas hicieron un gran esfuerzo para, superando los obstáculos creados por los citados elementos constructivos, integrar los espacios existentes a uno y otro lado del gran muro central.
- Las dos hileras de columnas existentes tienen, cada una de ellas, once unidades que determinan diez intercolumnios y dos espacios finales, más angostos.
- Las dos puertas de ingreso se encuentran ubicadas a eje con las dos primeras columnas de las dos hileras existentes y a una cierta distancia de ellas, aproximadamente de dos metros. Debido a esa circunstancia, la corriente circulatoria al ingresar al local se ve obligada a bifurcarse a derecha e izquierda para recorrer su interior.

Si tratamos de imaginarnos el funcionamiento del local como un obraje, teniendo en mente las hipótesis formuladas respecto a los sectores habitacional y de almacenaje, podríamos considerar que:

- En la planta baja de la *Kallanka* trabajaban, a la vez, todas las *acllas* que elaboraban los diez tipos de ceramios determinados. Es de suponer que, como en el caso de los depósitos, cada una de ellas debería tener un sitio propio para labrar y modelar la arcilla.
- En otras palabras, el local tenía que proporcionar 120 sitios de trabajo, fácilmente accesibles y con cierta relación entre ellos. Dado que existen diez espacios intercolumnarios a cada lado del muro central de la *kallanka*, o sea veinte en total, bastaría dividir en seis partes cada uno de ellos para obtener los 120 lugares requeridos para dar cabida a todas las *acllas*.

Como cada tipo de *acllas*, tenía diez integrantes, la organización de los lugares sería similar a la de los depósitos. Es decir, se requerirían diez espacios con doce sitios cada uno, debiendo estar todos ellos bien relacionados entre sí, ya que las *acllas* que los ocuparían tendrían la misma jerarquía dentro de cada espacio o se dedicarían a desempeñar idéntica labor en ellos.

La manera de lograr tal disposición consistiría en formar los diez grandes espacios necesarios unificando los dos espacios intercolumnarios ubicados a uno y otro lado de los diez vanos existentes en el muro central. Tendríamos, así, los espacios necesarios para que trabajen diez grupos de *acllas*, constituidos cada uno por dos subgrupos con seis lugares cada uno o sea doce en total. Todos los subgrupos

quedarían debidamente relacionados, visual y físicamente, por la comunicación que proporcionan las amplias aberturas existentes en el citado muro central.

El funcionamiento de la organización propuesta se lograría mediante dos circuitos de circulación que recorrerían los corredores laterales de cada una de las dos naves y que se intercomunicarían mediante los pasadizos transversales que se establecerían atravesando los diez grandes vanos existentes en el muro central.

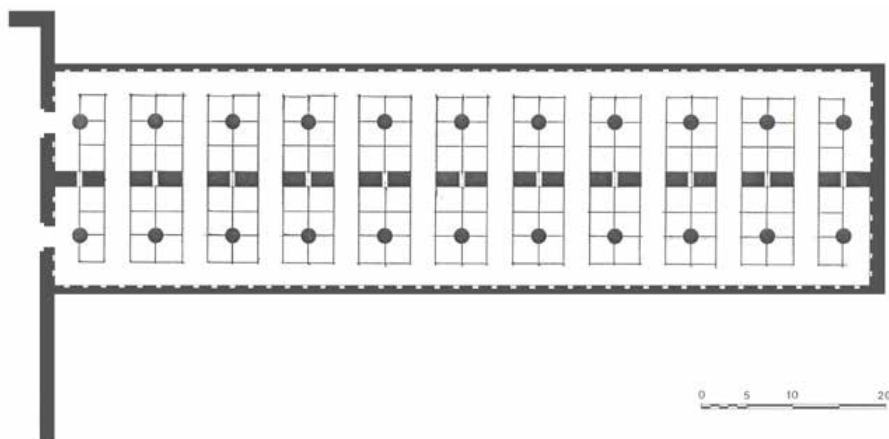


Figura 8. *Kallanca del Aclla Huasi* (Santiago Agurto Calvo).

III. Palabras finales

Creemos, sinceramente, que nuestra posición respecto al mal llamado templo de Viracocha, en Rajche es válida. Innumerables datos le dan respaldo y muchos hechos le proporcionan una sólida fundamentación.

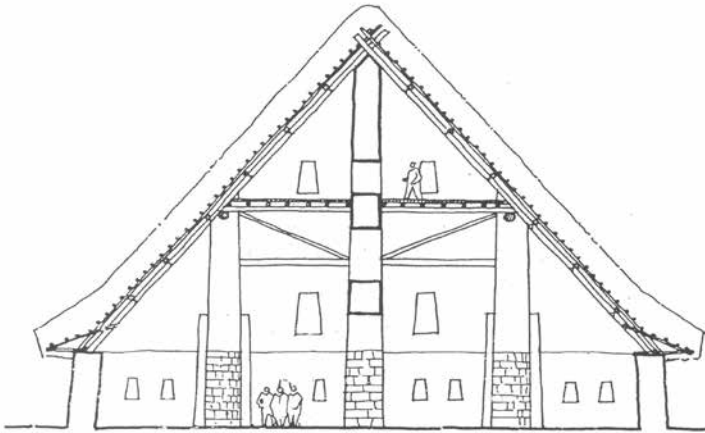
Así tenemos como respaldo de nuestra actitud los siguientes argumentos:

- Las relaciones de importantes cronistas y viajeros
- La tradición alfarera de los pobladores de Rajche
- La existencia en el lugar de abundante y rica materia prima para esa actividad
- La presencia de un reservorio artificial de agua, elemento indispensable para la artesanía cerámica
- La edificación de un conjunto de locales destinados, evidentemente, al alojamiento y a la congregación de numerosas personas para efectuar una labor artesanal
- La presencia de una gran cantidad de depósitos para almacenar el fruto de esa labor, en número correspondiente al de los trabajadores mencionados
- El tipo de relación existente entre los espacios arquitectónicos de los citados edificios

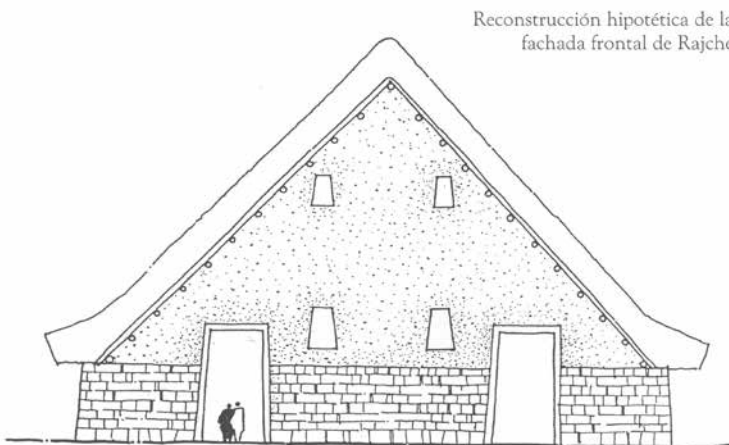
- La extraordinaria correspondencia entre la arquitectura de los sectores y locales del conjunto y lo establecido para el funcionamiento de las *aclla huasi* por muchos cronistas, especialmente por Garcilaso y Guaman Poma.

Podríamos continuar haciendo uso de la interminable lista de referencias, datos y hechos que avalan nuestro planteamiento pero dado el espacio con que contamos esperamos que lo expuesto en este ensayo sea lo suficientemente probatorio.

Además, estamos seguros que las investigaciones arqueológicas que, necesariamente, se realizarán en Cacha probarán, definitivamente, que en dicho lugar Pachacútec edificó el auténtico templo de Viracocha.



Reconstrucción hipotética del techado de la kallanca de Rajche



Reconstrucción hipotética de la fachada frontal de Rajche

Figura 9. El Aclla Huasi de Rajche (Gonzalo Agurto Mazzini).

Bibliografía

- Alcedo, Antonio de (1988). *Diccionario geográfico histórico de las Indias Occidentales o América*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.
- Bingham, Hiram (1922). *Inca Land, Explorations in the Highlands of Peru*. London: Constable & Co. Limited.
- Cieza de León, Pedro (1945). *La crónica del Perú*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Cieza de León, Pedro (1967). *El señorío de los incas*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Industrial Gráfica.
- Cobo, Bernabé (1956). *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid: Ediciones Atlas.
- Diez de Betanzos, Juan (1987). *Suma y narración de los incas*. Madrid: Ediciones Atlas, Gráficas Malvar, Arganda.
- Garcilaso de la Vega (1976). *Comentarios reales de los incas*. Tomo I. Caracas: Biblioteca Ayacucho, Italgráfica S.R.L.
- Gasparini, Graziano & Luise Margolies (1977). *Arquitectura inka*. Caracas: Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad Central de Venezuela.
- Guaman Poma de Ayala, Felipe (1980). *Nueva corónica y buen gobierno*. Tomo I. Caracas: Biblioteca Ayacucho, Editorial Arte.
- Marcy, Paul (2001). *Viaje a través de América del Sur. Del Océano Pacífico al Océano Atlántico*. Tomo I. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos - PUCP - Banco Central de Reserva del Perú - Centro Amazónico de Antropología Aplicada - Tarea Asociación Gráfica Educativa.
- Middendorf, Ernst W. (1974). *Perú, Observaciones y estudios del país y sus habitantes durante una permanencia de 25 años*. Tomo III: La Sierra. Lima: Dirección Universitaria de Biblioteca y Publicaciones de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- Oricaín, José Pablo (1906). Compendio breve de discursos varios sobre diferentes materias y noticias geográficas comprehensivas a este Obispado del Cusco. En *Prueba peruana presentada al Gobierno de la República Argentina por Víctor M. Maúrtua*. Tomo XI. Barcelona.
- Sarmiento de Gamboa, Pedro (1906). *Historia de los incas*. Berlín: Weidmannsche Buchhandlung.
- Squier, Georges E. (1974). *Un viaje por tierras incaicas. Crónica de una expedición arqueológica (1863-1865)*. Introducción de Juan de Dios Guevara y prólogo de Raul Porras. Buenos Aires: Leonardo Impresora.

Valcárcel, Luis E. (1964). *Historia del Perú antiguo*. Lima: Juan Mejía Baca.

Vásquez de Espinoza, Antonio (1948). *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*.
Libro Cuarto. Washington: Instituto Smithsonian.